

Jueves Santo.

El Jueves santo ha sido en todos tiempos uno de los días mas solemnes de la Iglesia, á causa de los grandes misterios que se obraron en él. Los griegos y los demas pueblos del Oriente lo llamaban por honor el día de los misterios. En él se celebra el misterio de la humildad y abatimiento de Jesucristo, en el laboratorio de los pies á los Apóstoles; el de su amor, incomprendible á todo criado entendimiento, en la institucion de la sagrada Eucaristia y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fué como su primera oblation; su sangrienta agonía en el huerto, que fué como el preludio de su Pasion; y su voluntaria prison, que fué la primera escena de ella. Pero el objeto principal de la fiesta de este día es la institucion de la Eucaristia: el duelo y la tristeza en que está la Iglesia en estos días consagrados á la Pasion, cede, por decirlo así, al regocijo espiritual, en que parece consistir la verdadera nocion de esta fiesta. Suspende tambien hoy su duelo en la celebracion de la misa, por el color y la magnificencia de los ornamentos; y canta igualmente el cántico: *Gloria in excelsis*. Hasta el rigor del ayuno de la semana santa se mitigó desde los primeros siglos, á causa de la solemnidad de este día, permitiendo hacer la comida despues de nona, como en los ayunos ménos rígidos. La fiesta de este día trajo mucho tiempo la obligacion de no trabajar; y esta obligacion se hubiera continuado, si la Iglesia no hubiera trasladado la fiesta del Santísimo Sacramento del Jueves santo, al Jueves despues del Domingo de la Santísima Trinidad, con el fin de hacer esta fiesta todavía mas solemne. Y así le es permitido al pueblo el que trabaje en este día: solo deseando la Iglesia que asista á sus Oficios divinos por la mañana, y en la tarde y noche el que visite sus santos templos con el fin de ofrecer á Jesucristo un desagravio honroso, no solo por las ignominias y dolores que padeció en el discurso de su Pasion, sino tambien por todas las irreverencias y sacrilegios cometidos desde la institucion del adorable sacramento de la Eucaristia.

El lavatorio nos recuerda el ejemplo de humildad y de caridad que nos dió el Salvador en este día. Habiendo dicho á sus Apóstoles, que si él les lava los pies siendo su Señor y su Maestro, tambien ellos debian lavarse los pies unos á otros: esta orden se ha to-



El que come mi CARNE y bebe mi SANGRE tendrá la vida eterna. (S. Juan, cap. VI. v. 53)

mado siempre como un mandamiento de humildad, y como una leccion digna de observarse; por esto los primeros cristianos se hicieron de ella una ley de caridad respecto de los huéspedes que recibian, á quienes jamas dejaban de lavar los pies inmediatamente despues de su llegada. La misma práctica se conservó aun más religiosamente en los monasterios. La Iglesia no queriendo dejar abolir una costumbre de tanta edificación, creyó debia hacer de ella una práctica reglada, la que redujo á sus principales ministros, como quienes tienen más particularmente el lugar de Jesucristo por su orden y grado de superioridad. Establecióse, pues, la costumbre, de que así como el abad ó el prior lavaba los pies el Jueves santo á todos sus religiosos, á exemplo de Jesucristo, así el obispo, ó el que hace cabeza del cabildo, los lava á todo el clero; pero aumentándose cada día el número de estos, se redujeron á doce, que era el número de las personas á quienes el Salvador habia lavado los pies. El Sumo Pontífice, como vicario de la Iglesia de Jesucristo, ha mirado siempre esta santa ceremonia como una obligacion de religion en cierto modo indispensable. Como la acción de Jesucristo no era un acto de sacerdocio, igualmente los legos se han creído con tanto derecho de imitar el ejemplo de humildad que les dió este divino Salvador, como los papas, obispos y religiosos. Pues aun muchos reyes y grandes príncipes han verificado lo mismo en alguna estancia de sus palacios, sin que por eso quedaran manchados sus altos respetos; antes sí realizados más con el esplendor de la humildad y de la imitacion del Rey de los reyes, y Señor de los señores. A la ceremonia del lavatorio se llama *Mandato* por comenzar la primera antífona con estas palabras: *Un nuevo mandato os doy &c.*; y al sermón en que se trata de ella, se da el nombre de sermón de Mandato.

Es tambien costumbre universalmente establecida en toda la Iglesia, destinar el Jueves santo para la consagracion de los santos óleos que deben servir para las unciones santas. Esta consagracion, que es una de las más augustas ceremonias de la Iglesia, consiste en las solemnidades de tres bendiciones que hace el obispo, de las cuales la primera es la del *oleo de los enfermos*, para el sacramento de la Extremauncion; la segunda es la del *Santo Crisma*, para el sacramento del Bautismo, sirviendo igualmente para la consagracion de los altares, iglesias, reyes y otras personas que se consagran. La tercera bendicion es la del *oleo de los Catecúmenos*, el que sirve tam-

bien para los sacramentos del Bautismo y del Orden, para la consagración de los reyes, y para otros sagrados usos.

Segun la tradicion apostólica, desde los primeros tiempos de la Iglesia se usa bendecir los santos óleos y el Santo Crisma. Así es que Santiago dice: *Si alguno de vosotros está enfermo, haga venir á los presbíteros de la Iglesia; oren estos por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.* Se ha mirado siempre en la Iglesia la uncion con aceite que los Apóstoles empleaban, viviendo nuestro Señor, para curar los enfermos, y de que se habla en San Márcos, como una figura representativa del sacramento de la Extremauncion. Estas tres bendiciones se hacian en la misa que se llamaba crismal. El óleo de los enfermos está sin mezcla: el Santo Crisma está compuesto de aceite y de bálsamo. Los griegos modernos, despues de su cisma, mezclan en el muchas quintas esencias y aromas. Por lo que mira á las ceremonias sagradas que acompañan á la bendición ó consagracion particular del Santo Crisma, puede decirse que no hay otras en la Iglesia que se hagan con mayor aparato, así entre los latinos como entre los griegos. El concilio de Meaux expidió un decreto el año 845 para prohibir á todo obispo el consagrar el Santo Crisma en ningun otro día, que en la feria quinta de la semana mayor, que lleva el especial titulo de la semana del Señor y el Juéves santo.

Llámanse tambien el Juéves santo día de *indulgencia*, ó el *Juéves absoluto ó de la absolucion*, porque en él se reconciliaban los pecadores públicos en los primeros siglos, dándoles la absolucion de sus pecados; de donde vino la palabra vulgar de *la absolucion*; despues de lo cual se les admitia en la Iglesia, cuya entrada se les habia prohibido desde el día de ceniza, habiéndoles impuesto alguna penitencia por sus pecados. Como en la Iglesia se reconciliaban este día los penitentes, tambien los príncipes y los reyes, dice San Eloy, daban libertad á los presos y los perdonaban. Las demas ceremonias de la Iglesia en este día, se reducen al silencio de las campanas, á la visita de las iglesias, y á reservar el Santísimo Sacramento para la mañana siguiente, que aunque no celebra la Iglesia el sacrificio de la misa, en sus divinos Oficios nos representa de una manera mas sensible la muerte de Jesucristo: el sacerdote consume entónces, por medio de la comunión, el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que ha estado expuesto por espacio

de veinticuatro horas á la adoracion de los fieles, habiéndonos dado este divino Salvador la Eucaristía para memoria de su Pasion.

El oficio de la misa de este día encierra la memoria de todos estos grandes misterios. El introito es del capítulo VI de la carta de San Pablo á los Gálatas: "Debemos poner toda nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en el cual está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion, por el cual hemos sido salvos y redimidos." "Dios tenga compasion de nuestras miserias y derrame sus bendiciones sobre nosotros, nos mire con ojos propicios y nos haga sentir los efectos de su misericordia." Como hemos sido redimidos por la cruz, solo en la cruz de Jesucristo encontramos la verdadera gloria, por la conformidad que en ella tenemos con este divino Salvador.

La Epístola es del capítulo XI de la primera carta que escribió San Pablo á los fieles de Corinto, en la cual cuenta la institucion del sacramento de la Eucaristía por Jesucristo en la última cena; y el delito y castigo de los que se llegan á ella indignamente.

En aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los fieles, ya fuese por representar la última cena que Jesucristo celebró con sus Apóstoles, al fin de la cual instituyó la Eucaristía, ó ya fuese para mantener la union entre ellos, y tener ocasion de ejercitar la caridad con los pobres, hacian pequeños convites, á los cuales daban el nombre de *Agapes*, que es una palabra griega que significa, *caridad mútua*; y los hacian en los lugares donde se juntaban para la celebracion de los santos misterios y para comulgar. Los corintios abusaban de esta costumbre de mas de una manera. Lo primero, no guardaban siempre en estos religiosos convites la templanza y la compostura que debian: lo segundo, en lugar de aguardarse los unos á los otros, y poner en comun lo que cada uno habia llevado, los que venian primero empezaban desde luego á comer; y los ricos se ponian separados de los pobres; lo cual era contrario al espíritu y al fin de estos convites, que era la caridad fraternal, la cual, segun Jesucristo, debia animar y caracterizar á todos sus discípulos, y poner como á nivel todas las condiciones. Esta conducta irregular de los corintios no podia dejar de causar alborotos y murmuraciones; pero el mayor mal estaba en que llegándose á la sagrada mesa con semejantes disposiciones, muchos se hacian culpables de un horrible sacrilegio.

Por tanto, el Apóstol corrigiéndolos, les dice: "Ese modo de celebrar los *Agapes* en vuestras juntas, sin union y sin caridad, no es

correspondiente á los que pretenden imitar aquella cena del Señor, al fin de la cual instituyó el sacramento de la Eucaristía. *Comer la cena del Señor*, no significa aquí recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, sino hacer un banquete en memoria y á imitación de la cena que hizo Jesucristo ántes de la institución del Sacramento. San Crisóstomo cree que la comunión precedía á los Agapes; pero según San Agustín los Agapes precedían á la comunión, y este último sentir, á lo ménos por lo que mira á los corintios, parece mas conforme al texto del Apóstol. El abuso que la Iglesia particular de Corintio hacia de esta práctica desde el tiempo mismo de los Apóstoles, muestra bastantemente que la Iglesia universal ha tenido razón para mudarla. San Agustín testifica, que la costumbre de comulgar el Juéves santo despues de haber comido, era comun en Africa y en Egipto, á ejemplo de Jesucristo, que instituyó este sacramento despues de la cena pascual. El mismo padre advierte, no obstante, que en su tiempo la costumbre universal de toda la Iglesia era comulgar en ayunas. Es evidente, dice, que la primera de todas las comuniones del cuerpo y sangre de Jesucristo no la recibieron los Apóstoles en ayunas; pero no por eso se debe murmurar la santa práctica de la Iglesia, que quiere y manda que no se comulgue sino en ayunas; el Espíritu Santo la dirige cuando dispone que por respeto á un tan grande y augusto sacramento, los que comulgan no hayan tomado todavia nada cuando comulgan. Esta es la costumbre de la Iglesia en todas partes.

Reprende, pues, San Pablo á los corintios el modo tan poco religioso y tan escandaloso con que ejercitaban una tan santa práctica de devoción. No es ya un convite de caridad el comer cada uno lo que ha traído, sin repartirlo con los otros; de aquí viene, que los mas ricos se regalán, mientras que los pobres, por los cuales se instituyeron estos Agapes, se mueren de hambre. ¿Por ventura no tenéis casa para comer y para beber? ¿Acaso se os permite venir á tomar esta refección á la Iglesia, y á esta junta de fieles de que los pobres son tan miembros como vosotros, si no vais á ella sino para insultar á su indigencia por vuestros excesos? Siempre se ha dado el nombre de Iglesia en donde los fieles se juntaban, ora fuese una simple sala, ó una casa particular, ó un templo consagrado al verdadero Dios. La Iglesia en este lugar puede significar tambien la junta de los fieles. ¿Qué os diré?, continúa el Apóstol, ¿os alabaré? No por cierto, en esto no sois dignos de alabanza. La costumbre de

estos convites de caridad es loable; pero el abuso que de ellos haceis es reprehensible. San Pablo no pretende condenar ó prohibir absolutamente los Agapes, solo quiere enseñar á los fieles á distinguirlos de las comidas ordinarias, y á no usarlos sino como un medio establecido para mantener la caridad mútua, que fué lo que Jesucristo se propuso especialmente inspirarnos, al instituir el sacramento de la Eucaristía, que es por excelencia un sacramento de amor. Del mismo Señor, continúa el Apóstol, he aprendido lo que os he enseñado; y os lo vuelvo á repetir para que jamas se os olvide. Estas palabras, *que os he enseñado*, indican bastantemente que los Apóstoles enseñaban muchas cosas en particular á los fieles sobre la religion, que jamas se escribieron, y que solo las sabemos de ellos por tradicion. Lo que os he enseñado, tocante á este artículo importante de nuestra fé, no lo he recibido de los hombres, ni tampoco de los otros Apóstoles; el mismo Jesucristo me lo ha revelado; me reveló, pues, que la misma noche en que debía ser entregado á la muerte, despues de haber lavado los piés á sus Apóstoles, para hacernos comprender con qué pureza, con qué inocencia nos debemos llegar á la santa mesa, tomó el pan, y dando gracias á Dios Padre por el milagro permanente que iba á obrar, partió aquel pan, y dijo: *Tomad y comed; esto es mi cuerpo*, que será entregado por vosotros: es decir, esto es realmente el mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros á la muerte, y que ha de espirar en una cruz dentro de algunas horas. Tomando despues una porcion de vino en una copa, ó caliz, dijo: *Este caliz es el Testamento nuevo en mi sangre*: es decir, con esta sangre hago la nueva alianza con los hombres: así como la antigua alianza se confirmó con sangre de becerros y de toros, así la nueva está sellada con la sangre del Salvador. No se hacia alianza solemne en el antiguo Testamento sin efusión de sangre y sin sacrificio; Jesucristo, que es la realidad de aquella figura, quiere que la alianza que hace con el nuevo pueblo, sea cimentada con su propia sangre. Cuantas veces hiciéreis esto, añade el Salvador, lo hareis en memoria de mí: como si dijera: haced esto, y acordaos que siempre que lo hiciéreis, hareis realmente lo mismo que yo acabo de hacer, las mismas maravillas, los mismos milagros, la misma víctima; pues la substancia de pan y de vino se destruirá, y no quedará sino la apariencia de lo uno y de lo otro; y bajo esta apariencia estará este mismo cuerpo y

esta misma sangre que va á ser inmolada y derramada por la remisión de los pecados.

Después de haber contado San Pablo la institución de este adorable misterio, procura mover á los corintios á hacer saludables reflexiones, y les da al mismo tiempo lecciones muy importantes. Acordaos, les dice, que siempre que comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga. No diferenciándose el sacrificio inculpado de Jesucristo sobre nuestros altares, sino en cuanto al modo del sacrificio sangriento del mismo Salvador sobre el Calvario, debe excitar y renovar en el espíritu de los que participan de él, la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras, *hasta que venga*, nos dá á entender San Pablo, que el sacramento del altar durará hasta el fin del mundo. Notad que el Apóstol dice: *Siempre que comiereis de este pan*; pero no dice, y que bebiereis de este cáliz: porque en efecto, después de la consagración no hay ya vino en el cáliz, sino sangre; y si prosigue en llamar siempre pan al cuerpo de Jesucristo, es porque el Salvador se llamó á sí mismo *Pan vivo*, *Pan de vida*. *El que come este pan*, dice el Señor, *vivirá eternamente*. De todo lo que acabo de decir, continúa el Apóstol, es fácil comprender qué delito es, y qué horrible sacrilegio recibir en pecado la Eucaristía. ¿Quién no vé, que cualquiera que come de este pan ó bebe de este cáliz indignamente, no es ménos culpable que si hubiese hecho morir á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre? No dice San Pablo, el que comiere de este pan y bebiere de este cáliz, sino el que comiere de este pan ó bebiere de este cáliz, para mostrar que es permitido comulgar bajo una sola especie, como la Iglesia lo ha declarado. Examínese, pues, á sí mismo el hombre ántes de llegar á la santa mesa, y si se encuentra reo de algun pecado mortal, aunque crea tener contrición, recurra al sacramento de la Penitencia ántes de comulgar. Así lo ha definido el Santo Concilio de Trento, fundado en la práctica antigua de la Iglesia desde su establecimiento, y en el constante testimonio de los santos Padres de todos los siglos. Añade San Pablo, que no se admira de que haya entre ellos tantas enfermedades y tantas muertes repentinas; ordinariamente son castigo de las comuniones sacrílegas. Si nosotros nos juzgáramos á nosotros mismos sin misericordia, no seríamos juzgados, esto es, no seríamos castigados de esta suerte como profanadoras de la sangre de Jesucristo.

El Evangelio de este día solo contiene la ceremonia del lavatorio de los pies, que según los intérpretes, fué una preparación para la comunión.

El primer día de los ázimos ó de los panes sin levadura, en el cual debía inmolarse el Cordero Pascual (este día empezaba al ponerse el sol), habiendo ido Jesucristo por la tarde á Jerusalem, dice San Juan, comió la cena con sus Apóstoles, según lo prescribía la ley. Se distinguían como dos cenas ó refeciones en esta ceremonia legal. La primera, en que no se servía sino el Cordero Pascual, el cual debía comerse con las ceremonias prescritas por la ley: la segunda, que era una ceremonia ordinaria en que era permitido servir y comer lo que se quería, por no ser por lo comun suficiente el Cordero Pascual para saciar á una familia. Fué después de la cena legal cuando viendo Jesucristo que había venido su tiempo para pasar de este mundo á su Padre, quiso darnos al fin de su vida temporal una prueba de su amor, que sobrepujá á cuantas nos había dado. Acabada la cena legal, se levantó el Salvador solo de la mesa, y habiéndose quitado su manto, toma un lienzo, que pone delante de sí, echa agua en una vacía, y empieza á lavar los pies á sus discípulos, y se los enjuga con aquel lienzo que le servía de delantal: después de lo cual se vuelve á la mesa para comer la cena ordinaria. Al fin de esta última fué cuando instituyó el sacramento de la Eucaristía, y el sacerdocio de la nueva ley. El Evangelista dice, que cuando el Salvador llegó á San Pedro para lavarle los pies, este Apóstol, atónito de ver á su divino Maestro á sus pies le dijo con su ingenuidad ordinaria: ¿Qué es esto, Señor? No me lavarás los pies jamás, pues soy un hombre vil y despreciable, é indigno de ser del número de tus discípulos. No, divino Maestro mío, no permitiré que hagais conmigo jamás una cosa como esta. El Salvador se alegró de verlo con estos sentimientos de humildad; pero le dijo que esta ceremonia era un misterio que él no comprendía entónces; y que si no se dejaba lavar los pies, no tendría parte en su reino. Esta amenaza lo aterró tanto, que lo hizo exclamar: Si no es bastante lavarme los pies, estoy pronto á dejarme lavar las manos y la cabeza. Quería Jesucristo, dicen los Padres, hacer comprender tanto á San Pedro, como á los demás discípulos, con qué pureza debemos llegarnos al misterio de la Eucaristía; esto es lo que comprendió el Apóstol San Pedro cuando Jesucristo instituyó el sacramento. Muchos son de parecer que el lavatorio era figura

del sacramento de la Penitencia, lo que San Pedro no comprendía por entonces. Respondiendo el Hijo de Dios á lo que el Apóstol le habia dicho, que estaba pronto á dejarse lavar tambien las manos y la cabeza, le dijo: El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse sino los pies para purificarse del polvo que ha podido coger pisando en el suelo: así vosotros estais limpios; pero no todos; significando con esto que los Apóstoles, á excepcion de Judas, no eran culpables de algún pecado grave, y que no tenían necesidad de purificarse sino de sus imperfecciones y de tal cual pecado leve. Ciertamente que Jesucristo á los pies de Judas es un espectáculo bien tierno, y un acto de humildad que pasma. Pero Judas insensible, viendo á Jesucristo á sus pies, es un ejemplo que debe hacernos temblar. Despues que el Salvador les hubo lavado los pies, volvió á coger sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis bien lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decis bien, porque lo soy: si yo, pues, siendo Señor y Maestro os he lavado los pies, ¿os parecerá cosa dura á vosotros el humillaros los unos respecto de los otros? ¿Y desearéis los primeros puestos, como lo haciais ántes de ahora? No haya, pues, ya entre vosotros disputas sobre los primeros puestos: el ejemplo que os acabo de dar sea para vosotros una leccion eficaz; y no echeis en olvido la que tantas veces os he dicho: que el que se humillare será ensalzado.

La Iglesia para honrar hoy la institucion de la Eucaristia y la del sacerdocio, quiere que á ejemplo del sumo Pastor, comulguen en la misa todos los sacerdotes de mano de su prelado, ó de su cura, y los religiosos de la de su superior. No se da la paz en la misa de este dia, por el motivo de que en él fué cuando Judas entregó á Jesucristo por medio de un ósculo sacrilego.

La Epistola es del capítulo XI del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Cuando os juntais, no es ya para comer la cena del Señor. Porque cada cual se anticipa á comer su propia cena, y el uno tiene hambre, y el otro está harto. ¿Por ventura no teneis casas donde comer y beber? ¿O menospreciáis la Iglesia de Dios, y avergonzáis á los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabare? En esto no os alabo. Porque yo aprendí del Señor, y tambien os lo he enseñado, que el Señor Jesus la noche que habia de ser entregado, tomó el pan, y habiendo dado gracias, le partió, y dijo: Tomad y

comed: esto es mi cuerpo que por vosotros será entregado: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó tambien el cáliz despues que cenó, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre: haced esto todas las veces que de él bebiéreis, en memoria de mí. Porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiéreis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta su venida. Por tanto, cualquiera que comiere este pan, ó bebiere este cáliz indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre á sí mismo, y coma así de aquel pan, y beba de aquel cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su condenacion, no discerniendo el cuerpo del Señor. Esta es la causa de que haya muchos enfermos y débiles entre vosotros, y de que muchos duerman. Que si nos examinásemos á nosotros mismos, de cierto no seriamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, castigamos el Señor, para que no saamos condenados en este mundo.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Juan.

Antes de la fiesta de pascua, sabiendo Jesus que era llegada su hora para pasar de este mundo al Padre, como habia amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena (como el diablo ya habia puesto en el corazon de Judas Iscariotes, hijo de Simon, que le entregase), sabiendo Jesus que el Padre le habia puesto todas las cosas en las manos, y que habia salido de Dios, y á Dios volvía; se levantó de la cena, y dejó sus vestiduras, y tomando una tohalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vacía, y comenzó á lavar los pies á los discípulos, y á limpiarlos con la tohalla con que estaba ceñido. Llegó pues á Simon Pedro, y dícele Pedro: ¿Tú, Señor, me lavas á mí los pies? Respondió Jesus, y díjole: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora; mas despues lo entenderás. Dícele Pedro: No me lavarás los pies jamas. Respondióle Jesus: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simon Pedro: Señor, no solo mis pies, mas tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus: El que está lavado, no ha menester sino lavar los pies, y está todo limpio. Y vosotros limpios estais, aunque no todos. Porque sabia quien era el que le entregaba; por esto dijo: No todos estais limpios. Y despues que les hubo lavado los pies, y tomado sus vestiduras, volviéndose á poner á la mesa, les dijo: ¿Entendeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor: y decis bien, porque lo soy. Pues

si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavar los pies unos á otros. Porque ejemplo os he dado, para que conforme yo lo he hecho, así lo hagáis vosotros.

MEDITACION.

Sobre la sagrada Eucaristía.

Los mas altos misterios, los milagros mas estupendos, los efectos mas maravillosos, la mas asombrosa y magnífica prueba de amor de todo un Dios, la prenda mas estimable de la bienaventuranza, la liberalidad mas amplia y generosa, la memoria mas tierna del sacrificio mas costoso y sensible, un cúmulo inmenso de bendiciones y beneficios, la cena mas opípara, el manjar mas delicioso y divino, la bebida mas generosa; la institucion mas solemne, grandiosa y permanente, es lo que celebra hoy la santa Iglesia, y lo que debe arrebatar los corazones de los cristianos, é inflamarlos en los afectos mas vivos y religiosos, de adoracion profunda, de pasmo y estupor, de accion de gracias y alabanza, de júbilo y regocijo, de humildad y anonadamiento, y del deseo mas ferviente de la participacion de tan sublimes misterios que elevan al hombre á una dignidad inconcebible, y le prestan un sustento verdaderamente divino con que mantener una vida toda espiritual y sobrenatural, en que se encuentra el principio y el mérito para la eterna bienaventuranza. ¡O bondad de Dios incomprendible! ¡O liberalidad infinita! ¡O mesa de los cielos puesta en la tierra por todos los siglos para los hombres viadores y capaces aún de pecar! ¡O pan sobresubstancial, ó vino de vida que fomenta toda virtud! ¡O cena, por decirlo de una vez, en que el mismo Dios humanado es la comida y bebida de los hombres; cena que es sacrificio de una víctima de infinito valor, y sacrificio de un Cordero que en el altar reitera inconstantemente el cruento sacrificio de la cruz! ¡Ah! contemplemos en este piélagos insondable de maravillas y portentos, que el exhalarse nuestras almas en ansias devotas, en aspiraciones, en afectos, sin poder formar discurso, es una prueba evidente de que la Eucaristía es la obra mas grandiosa de Dios, un compendio de sus maravillas, un esfuerzo de su omnipotencia, y el mayor extremo del amor divino, y concluyamos confesando que el Dios omnipotente que impera en las alturas, y cuya sabiduría es increada é infinita, ni tuvo, ni pudo, ni supo darnos cosa mejor.

Considera que si en sí misma se recomienda tanto una obra tan grandiosa como la de la sagrada Eucaristía, se recomienda mas y mas por el fin con que la instituyó el Señor, y en que nos dió una prueba incomparable de su amor. La union, la union íntima por gracia y caridad con las almas de sus redimidos es lo que pretende el amante Jesus. La penitencia borra el pecado, que es el que impide la union de Dios con el alma; la penitencia da el ser de gracia y caridad al alma; mas la Eucaristía aumenta esta gracia, perfecciona esta caridad, estrecha esta union, y todo de un modo tan particular y tan íntimo, cual es el de alimento y nutricion de este mismo ser sobrenatural de la alma, de este hombre interior, de este hombre nuevo, de este hombre de santificación que se alimenta y nutre con el mismo Dios humanado y sacramentado, el cual es para él un alimento celestial, un pan de vida, un pan vivo, que no se convierte en la substancia del hombre como el alimento corporal, sino que al hombre lo convierte en sí mediante la gracia de este sacramento con tanta plenitud y perfeccion, que pueda decir con el Apóstol: "Vivo yo; mas no yo: vive en mí Jesucristo. ¿Podrá darse union mas íntima? ¿Abrazo de amor mas estrecho? ¡Ah! que el Señor halló el modo de verificar lo que apetece y no logran los amantes; esto es, una union tan íntima, que pueda decirse que no son dos sino uno." "Sean uno," dijo Jesus á su divino Padre, "sean mis discípulos uno contigo y conmigo, así como yo soy uno contigo." ¡Oh Dios de amor, Dios de sabiduría, y qué fin tan sublime llevaste en la institucion de la Eucaristía! Aun solo por ella se puede conocer que eres Dios verdadero; pues el poder, la sabiduría y el amor con que dispusiste y llevaste á efecto este misterio de misterios, solo puede tenerlos un Dios que es todo poder, todo sabiduría y todo amor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué puedo yo decir, ó Jesus amantísimo, que sea digna de alabanza y correspondiente accion de gracias á un beneficio tan inefable como el que me habeis hecho, instituyendo para mí la divina Eucaristía? Verdaderamente no hay en todo lo criado cosa que sea digna protestacion del amor y agradecimiento que os debemos por un don tan inestimable. Solo vos mismo podeis ser digna retribucion de este bien sumo. Sea así, Dios de bondad, que os retribuáis á vos mismo el bien que en vos nos dais, puesto que con este

fin os ofreceis y os sacrificais cada día sobre nuestros altares. Mas yo debo poner lo que está de mi parte: yo debo unir mi acción de gracias, mi oblación, mi sacrificio al vuestro, consagrándome, como desde ahora me consagro á vuestro amor y servicio, y á la mas tierna devoción á la adorable Eucaristía, y pidiéndoos que me santificéis con ella, para que sea uno con vos y con vuestro divino Padre, así como vos sois uno con el Padre.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, este pan de vida, para que viva eternamente.

LECCION.

Sobre la institución del Santísimo Sacramento.

Los místicos enseñan, que Jesus lavando los pies á sus discípulos, quiso entre otras cosas manifestarnos la limpieza de alma con que debemos llegarnos á la sagrada mesa en que se nos ofrece por vianda su cuerpo santísimo y su sangre preciosa. Esto debe infundir en nosotros un respeto profundo y un temor saludable, no para abstenernos del convite celestial, sino para llegar á él con las debidas disposiciones, principalmente limpios de toda culpa. Pero como no pueda haber limpieza de alma sin verdadera penitencia, ni esta pueda hallarse en donde falta la verdadera humildad, es preciso que seamos humildes para que seamos penitentes. De aquí es que debemos arraigar en nuestra alma las ideas y los propósitos que hemos formado en la meditación anterior. No puede haber mejor disposición para entrar á discurrir sobre la grandiosa obra de la institución del Santísimo Sacramento, que la humildad. Jesus nos dará á conocer, cuanto nos sea permitido en esta vida mortal, la grandeza de tan alto misterio; pues su Eterno Padre, como se explica su divino Hijo, se digna revelar las verdades sublimes de la religión á los párvulos, y las esconde á los sabios; es decir, las revela á los humildes y las oculta á los soberbios. Mas esta disposición humilde de nuestra alma no solo hará que percibamos mejor las verdades que encierra el sacramento de la Eucaristía, sino que inflamará nuestro corazón en su amor. Cuando un católico medita en la grandeza de un Dios que se hizo hombre y se quedó con los hombres real y verdaderamente en la sagrada Eucaristía; cuando considera la bajeza de la criatura que resulta mas comparada con la alteza de Dios; cuando se forma idea del inmenso amor que nos tuvo, pues lo obli-

gó á unas demostraciones tan extraordinarias, que no caben en ninguna inteligencia criada, es preciso que los afectos mas tiernos, la gratitud mas constante y el amor mas vehemente se apodere de nosotros, y al mismo tiempo que ardamos en amor del soberano Autor de la sagrada Eucaristía, nos encendamos en los deseos mas ardientes de recibirlo con frecuencia y con las debidas disposiciones. Sea, pues, la humildad con que nos preparemos á tratar de la institución de la sagrada Eucaristía, para que saquemos de la lección presente todo el fruto á que debe aspirar un discípulo de Jesucristo.

El amor inefable del Criador que debe servir á los cristianos de objeto de un eterno agradecimiento, obsequio y adoracion, se vió desde el principio de la creación por algunas de sus primeras obras, esto es, los ángeles rebeldes, con tal desprecio, que aun pretendieron disminuirle su soberanía partiendo con él los homenajes de su grandeza. Apenas concibe su soberbia tanta traicion, cuando al momento se ven precipitadas de la dignidad de su origen y confundidas para siempre. Pero como si los hábitos de su negra ingratitude hubiesen sido una exhalacion pestilencial, así contagiaron aquellos espíritus rebeldes la distancia que midieron de los cielos al abismo. Dios, pues, al formar al hombre de barro quebradizo, trató de precaverlo de este contagio; y para que no le fuese ingrato alguna vez con la pretension de querer ser como Dios, le hizo á su imagen y semejanza, manifestándole aun mas su amor con darle por tributo todo un mundo, por vasallos á las criaturas que le rodeaban, y por término de su esperanza nada ménos que el goce y posesion del supremo Ser, perfecto é infinito. Mas no bastaron tan distinguidos beneficios para que dejase por eso de ofenderle: instigado del propio espíritu que habia alucinado á los ángeles, aspira á mayor y mas distinguida semejanza. Echale al punto su Criador de aquel lugar deliciosísimo en que lo habia puesto; sujétalo al trabajo, condénalo á la muerte, y levanta contra él tantos enemigos cuantos antes eran los vasallos: los insectos mas pequeños conspiran contra él; su carne misma se le conjura, sus sentidos y potencias se le rebelan; de suerte que del cúmulo de la felicidad, quedó convertido en blanco de la miseria.

¿Quién creeria que á vista de tan espantosos ejemplares no se habia de desterrar para siempre la ingratitude? ¿Quién imaginaria que tan violentos y activos remedios no cortasen de raíz el mal en una naturaleza que ilustra la razon? Pues nada ménos que esto: noso-

tros y nuestros padres, léjos de escarmentar, hemos seguido las huellas de nuestros mayores. Los hombres mas cultos en la sabiduría del siglo, son los mas necios en el reconocimiento á Dios. Mas al paso que el hombre corresponde tan mal á Dios, Dios no se cansa de colmarle de beneficios. En prueba de tan consoladora verdad no recordaremos los innumerables que hizo al pueblo que se formó en medio de la desercion del linage humano, dándole leyes, enviándole profetas, y obrando por último, para que le conociese y amase las mas singulares y extrordinarias maravillas: tampoco haremos mencion de otros infinitamente mas altos y universales, que al paso que traslucieron los profetas de aquel pueblo, entendieron tambien que estaban reservados para nosotros: hablaremos, sí, del mas soberano de todos, y mas significativo del amor divino. Venice en fin la sabiduría del Eterno los estorbos que el hombre ponía para que le manifestase su amor. Abate los cielos y baja sobre las alas de los vientos, hollando las tinieblas que oscurecian á los mortales. No contento con eso, humilla su misma naturaleza hasta unir la inseparablemente con nuestro barro, y atropellando desprecios é ingratitudes, dispone la noche ántes de morir quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos; porque dijo, y lo habia de cumplir: *Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres.*

El pone en nuestras manos su misma divinidad; él nos dá el arbitrio hasta entónces no encontrado, de endiosarnos; él convierte las substancias de pan y vino en su carne y en su sangre para dejarnos su divinidad como cosa propia nuestra; él se queda realmente en los accidentes de pan y vino para alimentarnos é incorporarnos verdaderamente con su ser. Este favor altísimo, este amor tan grande con el cual nada dejó al hombre que desear de sublime y de divino, es el objeto de la presente leccion, para que en lo porvenir lo sea siempre de nuestro reconocimiento y gratitud.

No hay ciertamente, lector piadoso, quien pueda explicar y concebir la extension, intensidad y eficacia del amor de Dios para con nosotros; solamente podrá conocerlo aquel corazon altísimo que lo supo sentir. Oigamos lo que nos dice él mismo, y veremos que jamas la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos, tan tiernos y de tanto interes. Parece que en la noche tristísima del dia de hoy, y en aquellos momentos desconsolados y llenos de afliccion; quiso Jesucristo reunir cuantos rasgos de bondad, generosidad y ternura habia dispensado en todos los dias de

su inocente vida, para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las mas duras rocas y ablandar los corazones mas inflexibles. Basta solo referir el hecho para interesar al mas indiferente, y arrancar de los ojos mas tibios raudales de lágrimas.

Sabiendo Jesus, dice San Juan, que se acercaba la hora de volver á su Padre, se retiró por última vez con sus discípulos. Como los habia amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuanto los amaba. Jesus consagra los pocos instantes de vida que le quedan para dar á sus discípulos y amigos los mas tiernos testimonios de su amor. Jesus da el último desahogo á su ternura: Jesus por consolar á los suyos, se olvida de los tormentos y oprobios que le aguardan; el bien de sus amigos le interesa mas que el horror de la cruz y de la muerte. Toma el pan en sus sagradas manos, y levantando al cielo aquellos ojos en que resplandecia todo el ardor de un corazon ansioso en perfeccionar sus beneficios, le presenta á sus discípulos, y les dice: *Tomad y comed:* lo que os doy, es yo mismo, mi cuerpo, mi alma, mi eterna y divina sustancia. ¡Qué don, qué dignacion, qué beneficio! Solo un entendimiento tan divino es capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito pudo inventar comunicacion tan íntima; y solo un poder sin limites le pudo ejecutar.

Satisfecho Jesus y tranquilo por haber asegurado á sus amartelados hijos los hombres el bien mas precioso que les podia dejar, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Mi amor, parece que les dice, no tiene mas que daros, ya todo es vuestro, y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina, nada hay ya mas precioso que lo que dejo en vuestras manos: *Yo he deseado con ansia comer con vosotros esta pascua.* Expresion tan significativa, manifiesta bien lo oprimido que estaba Jesus de ternura, y que el amor casi absorbía todas sus ideas. No os dejo huérfanos, porque volveré á vivir con vosotros; dentro de poco el mundo no me verá; pero vosotros me vereis siempre, porque yo vivo eternamente, y vosotros viviréis con la misma vida. Si es verdad, pues, que me amais, dejad toda tristeza y desconfianza. Alegraos con la alegría que yo tengo de volar al seno de mi Padre. Vosotros sois mis amigos y mis hermanos, porque os amo con el mismo amor con que me amó mi Padre ántes que existiera el mun-

do. Y levantando despues sus ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre! yo os imploro por los que habeis confiado á mi ternura; vuestros son, pues que me pertenecen, porque lo que es mio es vuestro, y lo vuestro mio. Yo me voy, y ellos se quedan. ¡Padre mio, Dios santo! conservad lo que me habeis dado y que amo tanto, para que sean un cuerpo conmigo, así como yo soy con vos el mismo espíritu y la misma inteligencia. Padre, confirmadlos en la verdad: yo os dirijo delante de ellos mismos estos últimos ruegos de mi amor, para que la alegría que les causaba mi presencia no se disminuya, sino que se aumente cada día hasta que llegue el momento en que sus ojos vean en la gloria al que tanto los ha amado.

No es posible considerar este discurso sin sentir el corazón derretido de gratitud. Jamas ha habido un hombre capaz de afectos tan sensibles; solo un Dios podia dar á su terneza un carácter tan grande. Jesucristo es mas que nuestro hermano, Jesucristo es mas que nuestro amigo. ¡Qué pecho dejará de enternecerse viendo en él tanto amor? ¡Cómo es posible ser ingrato á un Dios tan amante y tan amable? No hay que echar ménos al paraíso terrenal, morada de la dicha, pues el día de hoy nos da Jesucristo mayores riquezas, mayores hermosuras; nos da el tesoro todo de los cielos, su esencia misma, su mas tierno amor.

¡Mas para qué cansarse en ponderar este amor cuando la misma sabiduría infinita que desde la eternidad ha sido la complacencia de su Padre, á quien ama y por quien es amada tan tiernamente, y con tanta eficacia que de su mútuo amor resultó desde la misma eternidad una persona, que es término infinito de él: este Dios, palabra del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, servido, adorado y amado por innumerables ángeles, espíritus immaculados y puros: este Dios, verdad infalible, que no puede engañarnos ni ser engañado, nos tiene asegurado allá desde los Proverbios que sus delicias son el estar con los hijos de los hombres? ¡Qué vergüenza el que hasta ahora nuestro corazón no haya amado mas que á la ambición, al deleite, al mundo y á sus criaturas; y haya desconocido á la bondad siempre antigua y siempre nueva que llena de embeleso el corazón de los ángeles y de los santos! Amemos, pues, á Jesucristo en lo sucesivo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento: amémosle con constancia y con ternura, para que no solo le amemos en esta vida, sino que le amemos y gocemos eternamente en la otra.